

LA HIJA DE LA LUNA

(Continuación)

Por BENITO SANTA-OLALLA MORENO-CID



Seis horas hacía que corrían tras él, y ya algunos caballos comenzaban a caer en tierra rendidos de cansancio. Sólo el del HIJO DEL SOL que marchaba a la cabeza y unos veinte más podían seguirle, pero con tan grande fatiga que esto sólo podría durar a lo sumo una hora.

Habiendo llegado el perseguido animal a la cumbre del cerro que corona la típica ermita de la VIRGEN DEL VALLE, detiéndose unos instantes, contempla la ciudad, que enfrente de él se alzaba y, como si esperara hallar refugio en ella, lanzase más deprisa en dirección a sus murallas. Como cinco brazas le faltarían para llegar a ellas, cuando de repente, abandonándole las fuerzas..., dóblansele las manos..., toca con el hocico en tierra y... dando una vuelta sobre su cuerpo, queda tendido en el suelo y expira.

Había caído precisamente a los pies de la torre de LA HIJA DE LA LUNA, adonde llegaban momentos después el valiente HIJO DEL SOL y los que habían podido seguirle.

Alzábase esta torre en el espacio comprendido entre el monumental ALCAZAR DE CARLOS V y el soberbio puente de ALCANTARA, y estaba como asomada al pintoresco valle que a sus pies se extendía. Y pudieron llegar hasta este lugar sin que la vertiginosa corriente del Tajo se lo impidiera, porque has de saber, lector amigo, que en aquellos tiempos primitivos, después que su limpia y serena linfa iba a besar con sus labios de cristal los lugares en que hoy pone sus pies el coloso puente de ALCANTARA, retrocedía en su camino yendo a deslizarse suavemente por donde ahora se levantan los deliciosos paseos de la VEGA. Y si me preguntas que

dónde he aprendido esto, dígame que me lo declaró el mismo río un bello atardecer en que paseando por sus riberas le oí cantar:

*Dichosos tiempos aquellas
en que sereno besaba
la puerta dö el sexto Alfonso
a tu recinto pasara.*

Pero volvamos atrás y sigamos el hilo de nuestro cuento. Habiendo oído la HIJA DE LA LUNA desde el interior de la torre el fuerte galopar de los caballos, acércase a su padre y entre mil tiernas caricias pídele quiera enseñarla aquello que por fuera ocurre. Pero TOL, que no puede olvidar el triste vaticinio del anciano: *No sea vista por hombre alguno nacido en otra tribu, porque el día que esto aconteciere...*, se ha negado a ello.

Mas... un encendido beso de su



hija le pone en pie. El momento es terrible..., angustioso: *De un lado las siniestras palabras del anciano..., de otro su corazón, y corazón de padre amante... ¿Avanzar..?, ¡gran tribulación..!; ¿volverse..?, ¡dureza de corazón..!*

¿Qué hacer..?, duda..., vacila..., por fin, cual si estuviera ebrio, avanza unos pasos y... ¡Oh dolor!: quiere deshacer lo hecho, pero ya es tarde, ha removido una gran losa de la pared y la hija está contemplando el campo por el agujero que ha quedado abierto. EL HIJO DEL SOL la ha mirado desde su caballo y, al verla tan bella, su fiero corazón ha sido atravesado por una abrasadora flecha de la aljaba de Cupido.

...Comenzaba la noche a envolver entre los negros pliegues de su manto la silenciosa tierra, y EL HIJO DEL SOL, seguido de los

suyos, atravesaba algún tanto pensativo las férreas puertas de su ciudad...

Tres días habían pasado, cuando una encantadora tarde, al tiempo que el majestuoso Apolo comenzaba a reclinarse sobre las tranquilas ondas del Océano, un extraño ruido viene a turbar el sagrado silencio de los campos que están de la parte Sur de la soberbia TOLETA: era el invicto HIJO DEL SOL que, seguido de lo más valioso de su reino, venía a ofrecer la «mitad de su corona» a la sin par hija de TOL.

Franqueadas que le fueron las puertas de la ciudad, comenzó a penetrar en su recinto la regia caravana: marchaban a la cabeza numerosos grupos de esclavos, barriendo el camino y cubriéndolo de flores y de hojas; pronto llegó un escuadrón de jinetes iberos cabalgando sin montura y llevando en sus manos terribles lanzas, cuyas puntas al ser iluminadas por el sol más parecían un mar de fuego. Vinieron después los carros portadores de las soberbias tiendas de campaña usadas en la guerra, unas rojas y blancas como la nieve otras, bordadas todas con hilos de oro. Llevaban también una gran variedad de aves cuyos sexos y cuyas lenguas serían servidos en los festines de la corte; ánforas con deliciosos vinos y cestas con exquisitas frutas. Los objetos frágiles expuestos a romperse con el movimiento de los carros eran conducidos por esclavos que caminaban lentamente bajo sus preciosas cargas de lucente oro.

Aquel interminable cortejo de hombres que desfilaban con paso mesurado, llevando en sus manos objetos valiosísimos parecía más bien una manifestación religiosa y la semejanza era mayor por ir con ellos otros esclavos portadores de

